

al encontrar numerosos ejemplos de modelización y comprobación de algunas de las hipótesis más recientes sobre la decisión y sentido del voto respecto a un objeto de estudio de importancia creciente, los referéndums, hasta ahora desatendido. O, al menos, no abordado con el grado de sistematización que han merecido otros fenómenos en la literatura sobre comportamiento político.

Carolina GALAIS GONZÁLEZ

Adrian Favell

Eurostars and Eurocities. Free movement and mobility in an integrating Europe

(Massachusetts, Blackwell Publishing, 2008)

Una de las consecuencias más importantes y más visibles del proceso de integración europea ha sido la posibilidad abierta para los ciudadanos de los Estados miembros de moverse libremente dentro de las fronteras comunitarias. A ello se añade, desde la creación de la ciudadanía europea en el Tratado de la Unión Europea (1992), la igualdad jurídica de todos los europeos y la prohibición de discriminación entre ellos por motivo de nacionalidad. La conjunción de ambos fenómenos supone el contexto perfecto para moverse de un país a otro sin trabas legales ni administrativas. Este espacio económico supranacional, este mercado de trabajo abierto, debería tener consecuencias positivas para la integración política, según la

teoría que defiende la Comisión Europea. Sin embargo, sólo alrededor del 2% de los ciudadanos ha elegido cambiar de país. Adrian Favell se pregunta cuáles son las causas de esta baja movilidad y en qué se diferencia la vida de aquellos que deciden moverse, los «pioneros de la integración europea», de los que prefieren quedarse.

Para contestar a esta pregunta, el autor ha entrevistado en profundidad a 60 de estos pioneros (a los que llama *Eurostars*), nacionales de los 15 Estados miembros anteriores a la ampliación de 2004 y que viven en tres de las ciudades europeas más cosmopolitas y con mayor dinamismo económico (tres *Eurocities*), lugares con un gran atractivo para estos profesionales: Londres, Ámsterdam y Bruselas. Se trata de un trabajo con un enfoque multidisciplinar, en el que la reflexión sociológica se complementa con las técnicas etnográficas y con la historia de las migraciones y la integración europeas. Este trabajo cualitativo se ve complementado por el proyecto *PIONEUR*, al que el autor hace referencia en varias ocasiones, en que se ha encuestado a 5.000 europeos nacionales de los cinco mayores países (Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia y España) que viven en alguno de los otros cuatro grandes Estados.

La hipótesis de la que parte Favell, ya formulada en el prefacio y que se corrobora a lo largo de muchas de sus entrevistas, es que los individuos que se mueven buscan «liberarse» del Estado nacional, un Estado que define la identidad personal de los ciudadanos que forman parte de él. Al migrar, no necesitan ya seguir sus reglas y, en el lugar de acogida, el hecho de ser extranjeros (de «ser diferentes») les da una

mayor libertad de acción que la que tienen en sus lugares de origen. Estas personas se definen así en mayor medida en clave individual y menos como nacionales de un Estado. Los valores, reglas y jerarquías no están tan claramente definidos en el ámbito europeo como en el nacional, y salir del país ofrece un beneficio inmediato liberalizador y desnacionalizador. Sin embargo, advierte el autor, esta actitud de libertad y movimiento no puede durar indefinidamente, llega un momento en que psicológicamente se necesita realizar cálculos a largo plazo. Ello significa que aunque muchos *Eurostars* (especialmente los más jóvenes) se quieran ver como siempre móviles, sus vidas acaban arraigadas a un territorio, como las de todos.

El libro se estructura en dos partes principales: en la primera se presenta a las ciudades, qué las caracteriza como lugares internacionales y qué rasgos propios las diferencian entre sí, mientras que la segunda se dedica a analizar qué decide a los europeos a moverse, explorando las dificultades para crear «un estilo de vida desnacionalizado y cosmopolita». Las tres urbes tienen sus propias formas sutiles de exclusión nacional, que en último término explican el bajo porcentaje de personas comunitarias que se establece permanentemente en ellas.

A lo largo del libro, el autor se refiere a algunas diferencias entre los *Eurostars* del sur de Europa y los que provienen de los países centrales o nórdicos. En primer lugar, los primeros son el prototipo de persona móvil, pues marchan a otros países para ascender en su carrera. En segundo lugar, muchos de ellos son mujeres que, además de por motivos profesionales, toman esta decisión para escapar de la presión

de que asuman los roles tradicionales femeninos predominantes en sus países. En tercer lugar, Favell detecta que muchos de estos jóvenes, especialmente en el caso español, provienen de familias que han dedicado particular atención a que sus hijos aprendieran idiomas desde pequeños. También menciona específicamente a los *Eurostars* españoles cuando afirma que son los únicos que se benefician claramente, en términos de movilidad social, de la decisión de vivir en otro país.

Aunque la libertad de movimientos es un derecho de todos los comunitarios, no lo han ejercido todos en la misma medida, confirmándose así una pauta histórica europea: se mueven más los que nacieron en las posiciones más acomodadas. El autor clasifica a sus entrevistados en cuatro grupos: una minoría que pertenece a una elite global que continuamente cambia de lugar de residencia en su carrera profesional (por ejemplo, diplomáticos), los que pertenecen a una elite nacional tradicional y/o de origen burgués (casos especialmente frecuentes en los países del sur de Europa), los que forman parte de compañías multinacionales que se ven «obligados» en mayor o menor medida a cambiar de país y, por último, el grupo más numeroso (alrededor de dos tercios), que proviene de familias de clase media, normalmente de origen provinciano, o incluso de un entorno obrero o rural.

Señala Favell que los factores que favorecen la decisión de moverse confirman en gran medida la teoría del actor racional, pero no todos los motivos son directamente utilitaristas. Un aliciente es el haber estudiado en el extranjero (bien a través de los programas Sócrates/Erasmus, bien cursando licenciaturas o doctora-

dos, especialmente en universidades británicas). Los factores emotivos (relaciones de pareja) tienen también importancia, detectando dos casos en particular a través de sus entrevistas: las parejas jóvenes de dos países diferentes que buscan un tercer Estado donde vivir (usando criterios de carrera profesional, espaciales, que sea un lugar «neutral», etc.) y las parejas de la misma nacionalidad que quieren cambiar de residencia. Por último, el país al que se decide emigrar no se elige de forma arbitraria, sino que influyen los motivos históricos, lingüísticos, etc., así como la existencia de redes de apoyo social. El autor destaca el caso de los irlandeses, que a través de sus conocidos *pubs* establecen estos lazos de ayuda mutua.

Los capítulos que me han resultado más interesantes son los que recogen las dificultades de estos *Eurostars* para asentarse en estas tres ciudades supuestamente abiertas y cosmopolitas. Los procesos de exclusión ya no están en la esfera económica, en la ley o en el Estado, sino en la interacción social cotidiana. Para tener éxito hay que vivir como un nacional, una vida estandarizada de la que precisamente huyeron al decidir moverse. Las dificultades van desde la búsqueda de un alojamiento en Ámsterdam a la de un médico en Londres. Precisamente, el autor atribuye una gran importancia simbólica en el proceso de asentamiento a tener un doctor en el país de acogida y, posteriormente, un dentista, ya que muchos de los entrevistados afirman que siguen acudiendo, incluso años después de emigrar, al médico y al odontólogo en su país de origen, coordinando sus vacaciones y permisos con las visitas a los facultativos. Comparando las tres capitales, la belga es la que

sale mejor parada, es la más accesible a los extranjeros porque «la nación está menos presente que en las otras», dado su complejo carácter multicultural, multiétnico y multilingüístico. En ella es más fácil encontrar una vivienda, ser atendido por el sistema de salud público y criar niños pequeños.

Los problemas de asentamiento en las *Eurocities* no radican en la escasez de capital económico o cultural, de los que suelen estar bien dotados estos migrantes, sino que se relacionan con la falta de redes sociales, unas redes que se crean durante la niñez o en los años universitarios entre los nacionales de un país (Gran Bretaña se diferencia, comenta Favell, porque también tienen sus raíces en los años postuniversitarios, formándose alrededor del trabajo). Los *Eurostars* se ven así obligados a formar estas redes con otros extranjeros o con nativos que han vivido fuera y tienen un perfil cosmopolita. Precisamente, muchos de los entrevistados, especialmente mujeres, relatan al autor las dificultades para crear un nuevo círculo de amigos que sustituya al que dejaron en su país de origen. Mientras que las relaciones con la familia se mantienen sin muchas dificultades viviendo en otro Estado europeo, las amistades son más frágiles y muchos de los que se quedan —con una vida más «tradicional»— miran con suspicacia a aquellos que se marcharon.

Pese a lo que pudiera parecer a primera vista, el escollo principal para la integración no es el lingüístico. Ejemplo de ello es que, durante las entrevistas, los belgas de origen flamenco se quejan de los problemas de integración en Ámsterdam, y lo mismo les ocurre a los holandeses que viven en Bruselas. Como señala Favell, en

el Benelux, cuyos países comparten una herencia cultural y mantienen un contacto permanente, las diferencias nacionales se exageran para poder mantener una identidad diferenciada.

Las reflexiones del autor sobre el futuro no son halagüeñas para quienes confían en que el proceso de integración europea siga consolidándose. Señala Favell que estos profesionales se han movido porque esa decisión, que hoy toma una minoría, les hace diferentes y esta distinción es valorada en el mercado de trabajo. Sin embargo, si el porcentaje de personas que cambian de residencia aumentara significativamente, la decisión de vivir en otro país ya no tendría asociadas las recompensas actuales y no habría motivos para hacerlo. La pretensión de la Comisión Europea de lograr una mayor integración a través de la movilidad de sus habitantes es, entonces, inútil. El autor augura que el futuro de la UE se encuentra en la pauta que ha encontrado en las narraciones de los entrevistados que viven en Ámsterdam: los residentes locales utilizan estrategias a largo plazo para asentarse en la ciudad y, mientras tanto, acumulan una gran experiencia internacional, pero siempre teniendo en mente el regreso al hogar. Los extranjeros no pueden competir con ellos en el logro de una vivienda y, progresivamente, la ciudad cosmopolita deja de serlo, se renacionaliza y la clase media profesional europea, que es la más proclive a moverse, queda fuera del juego. Si la movilidad intraeuropea crece, concluye, las sociedades nacionales reaccionarán contra este aumento de extranjeros, las oportunidades disminuirán para ellos, la hostilidad será mayor y las posiciones más recompensadas serán accesibles sólo para los candidatos locales.

Quizá para suavizar este escepticismo hacia el futuro de la Unión, el autor incorpora en las últimas páginas las cartas que recibió de uno de los *Eurostars* más veteranos, un ejecutivo jubilado británico que reside en Bélgica, con una visión mucho más optimista. En su opinión, la libertad de movimientos está transformando Europa a través del matrimonio y las estadísticas sobre los europeos que viven fuera enmascaran una realidad más profunda. Aunque no sepamos cuál de las dos visiones es la más acertada, este trabajo llama nuestra atención sobre un fenómeno poco estudiado hasta ahora: como afirma Favell, las dimensiones humanas de la integración europea importan más que las políticas comunitarias para lograr la libertad de movimientos. Si la Unión Europea va a funcionar en el futuro será «porque se ha construido desde abajo, cumpliendo los ideales europeos en las vidas y prácticas de los ciudadanos: en sus trabajos, sus experiencias, sus relaciones» (p. 21).

M. Livia GARCÍA FAROLDI

Dieter Fuchs y Thomas Zittel (eds.)

Participatory Democracy and Political Participation: Can Participatory Engineering Bring Citizens Back In?

(Cambridge, Cambridge University Press, 2007)

Las democracias representativas occidentales parecen sumidas en una crisis generalizada de legitimidad. Las decrecientes tasas de partici-